

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 54.—BARCELONA 14 DE JUNIO DE 1915



El comandante de la 36ª división de infantería austriaca, Schreiter von Schwarzenfeld, observando el desarrollo de un combate, en la Bukovina

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El naufrago.—II. Apuntando a los Balkanes.—III. El reverso de la medalla.—IV. ¿Hay estado de guerra entre Italia y Alemania?

1.—El naufrago

Los ingleses, gente más práctica que los franceses y los rusos, se han hartado de que sus periódicos les cuenten a diario espléndidas victorias de los aliados, traducidas en el mapa por avances de los alemanes. La prensa conservadora inició una fuerte campaña contra el Gobierno, achacando a su falta de previsión la poca fortuna que acompañaba al ejército: no había municiones bastantes y esta amarga verdad se le ocultaba al país; tampoco había bastantes cañones, ni bastantes soldados. El hundimiento del Lusitania cerró la puerta al material de guerra procedente de los Estados Unidos, y había que adoptar un partido con urgencia. ¿Cuál? El más socorrido y al alcance de cualquiera consistía en formar un Gobierno donde estuvieran representados todos los partidos, y así se hizo. Vino el llamado Gobierno nacional, en el que no quisieron entrar los irlandeses. Claro es que esto no resolvía nada, toda vez que

la guerra no era en Londres donde debía ganarse. Y entonces el clero anglicano, acaudillado por sus arzobispos y obispos, prohibió la idea del partido conservador: era menester implantar el servicio obligatorio.

En este momento de la honda crisis inglesa nos encontramos. Como el naufrago que se refugia en débil bote, y cuando la embarcación, llena de agua, zozobra, se agarra a un tronco y, si éste falla, se ase a leve tabla, así Inglaterra lo esperó todo, primero, de Rusia y Francia y luego de su propio ejército y de su marina; cuando ambos instrumentos fracasaron, ha creído que la desgracia proviene de la falta de cañones y municiones; luego, de la quiebra del voluntariado.... No pierde la esperanza, y cree encontrar por fin el remedio salvador.

¡Vana ilusión! No se oculta a los ingleses que han conservado la serenidad de juicio, que ni los cañones, ni las municiones, ni el Gobierno nacional, ni el servicio obligatorio, harán variar el curso de la

guerra. Aunque se implantara este servicio, pasarían dos años por lo menos para cosechar los primeros frutos. Y ¿qué sucedería entre tanto? Los grandes errores se pagan caros y no pueden remediarse en veinticuatro horas.

Acostumbrada Inglaterra, hace siglos, a su cómodo sistema de ganar las guerras por mano de otro y con un sacrificio mínimo de sus propios recursos, creyó ahora también que la muchedumbre de rusos, la abnegación de los belgas y la bravura francesa serían bastantes para aplastar a Alemania, y no se preparó con tiempo, ni se dió cuenta de la aventura en que imprudentemente se metiera. Los belgas se han sacrificado, pero no han detenido al enemigo; Francia está agotada; las multitudes rusas sólo se conocen por sus efectos en prisioneros. Y, cosa que nos hubiera maravillado hace diez meses, Inglaterra que se ve más comprometida de lo que esperaba y comprende que el triunfo de Alemania se dirigiría especialmente contra ella, ha tenido que volver la vista al interior de su casa y buscar en ella los medios y recursos que los aliados no le han podido dar. ¿Qué ocurrirá cuando se haga patente la imposibilidad de fabricar cañones y municiones en número bastante, y cuando el servicio obligatorio sea otro desengaño?

Italia, que era considerada por Inglaterra como un factor resolutivo y aplastante, no infunde ya apenas confianza. Por fin han comprendido los ingleses la profunda verdad de aquel adagio: ¡Ayúdase y Dios te ayudará!

Parte, gran parte de la culpa de lo que acontece a Inglaterra recae sobre esos críticos militares, y a su cabeza el coronel Repington, que se pasaron veinte años desprestigiando al ejército alemán y diciendo en todos los tonos que era inferior—salvo en número de hombres—al británico. Encendieron en el país una confianza que no se ha confirmado. El despertar ha sido horrible; pero los críticos han encontrado una fórmula que les ha permitido salvar su responsabilidad, argumentando como sigue: El ejército alemán era al principio de la guerra un mecanismo sin alma (!), brutal, ignorante, hijo de la tiranía y de las castas prusianas, pero como han desaparecido, por el hierro y el fuego, los oficiales que lo mandaban, y les han substituído otros procedentes de las clases industriales, comerciales y de las profesiones liberales, es ahora un ejército nacional, mucho más temible que el que inauguró la campaña.

De este calibre son las enormidades que se escriben con seriedad y que encuentran personas crédulas que las admiten, en vez de reconocer la propia imprevisión y la actual impotencia.

II.—Apuntando a los Balkanes

Casi tres meses han transcurrido sin que la prensa aliada nombrase a Rumanía, Bulgaria, etc. El objeto de todos los amores era Italia, y a ella se dirigían las frases más tiernas, los epítetos más halagüeños. Una vez conseguido el propósito de lanzar a la guerra a los italianos, cesa la campaña de halagos, e instantáneamente se apunta a los Balkanes.

El reparto de Turquía es inevitable; los aliados no quieren nada de ella, y cederán abundante y riquísimo botín a los pueblos balcánicos si se alistan contra el enemigo común. ¡Ahora o nunca!

Si la habilidad que en estos menesteres ha desplegado la prensa franco-inglesa, la hubieran emulado los ejércitos en campaña, los alemanes estarían ya archivencidos. Contra la lógica y el buen sentido, Italia, a la que Austria ofrecía más de lo que buenamente podía esperar, cerró los ojos y se metió en la guerra, arrastrada su opinión pública, o lo que se conoce por tal nombre, por los manejos de los aliados. Probable es que los pueblos balcánicos, menos avisados y precavidos que los italianos, caigan también en el lazo; no por ello se contribuirá a la derrota de Alemania, que sólo depende de la acción de Rusia y Francia, pero sí se conseguirá que los Dardanelos caigan en poder de Inglaterra, y que Rusia e Italia asomen sus fauces sobre los Balkanes.

Los historiadores del siglo que viene, cuando se ocupen en esta guerra, no podrán menos de sentar que los pueblos de 1914 y 1915 se volvieron locos.

III.—El reverso de la medalla

En los momentos más críticos al parecer, cuando Alemania debe hallarse extenuada y le cierra Italia las fronteras meridionales, decreta la supresión del pan de guerra y vuelve a declarar libre y sin trabas la fabricación del pan de trigo. No pocas personas se han sorprendido de este hecho; pero nosotros, no. Cuantas medidas de restricción adoptó aquel imperio, fueron interpretadas como síntomas evidentes de debilidad y agotamiento; no eran en realidad más que medidas de previsión, conducentes a evitar este agotamiento. Por eso se sostiene Alemania contra tantos y tan fuertes enemigos, y por eso no suelta sus presas en Rusia, Bélgica y Francia, quién sabe si mañana en Italia. Al mismo tiempo, derrocha, esta es la palabra, las municiones en los dos frentes y su artillería es cada día más potente.

Es de suponer que una previsión todavía mayor habrá sido la de Alemania en el empleo de sus recursos en hombres. Admitiéndolo así ¿cuántos años han de transcurrir todavía para que la victoria corone los esfuerzos de los aliados? Algunos periódicos ingleses admiten la cifra de diez años; pero después de diez años de guerra ¿existirán aún Francia, Italia y Rusia? ¿Existirán Austria-Hungría y Turquía? Sólo quedarán frente a frente los dos colosos, Gran Bretaña y Alemania, y ninguno de los dos querrá quedar luego a merced de un tercero que se aproveche de la ruina de todos. No, la guerra no durará diez años, ni siquiera uno, por fortuna para la humanidad, de la que nadie se acuerda.

IV.—¿Hay estado de guerra entre Italia y Alemania?

Esta es la pregunta que se formulan *La Tribuna* de Roma y algunos otros periódicos italianos, que esperaban que a las palabras del canciller ante el Reichstag, seguiría alguna declaración por la vía diplomática. No es que aquellos periódicos se forjen ilusiones sobre la actitud de la que fué su aliada, pero manifiestan su extrañeza por el silencio de Berlín.

El canciller declaró ante el Parlamento que, contrastando con el gesto de Roma, el Gobierno impe-

rial mantendría con absoluta lealtad sus compromisos con Austria y no la abandonaría en la hora del peligro. Mas ¿por qué no ha dirigido la menor comunicación al Gobierno italiano, limitándose a retirar sus embajadores en Roma?

Los italianos no se han dado cuenta de lo que han hecho; digámoslo en su descargo. Si lo comprendieran, recordarían que al ultimatum del Japón, tan inesperado como injustificado, Berlín no se dignó contestar. El Gobierno del Kaiser declaró la guerra a Francia, Inglaterra, Rusia, Serbia y fué bien explícito con Bélgica, porque estimó que ninguna de estas cinco naciones faltaba a compromisos internacionales y reconoció a todas ellas la plenitud del derecho que les asistía para tomar las armas. No ocurrió lo mismo con el Japón, cuyos móviles eran evidentes, y su única respuesta fué el desprecio. ¿Cree acaso Italia que Berlín debe guardarle la misma consideración protocolaria que a Francia, Rusia o la Gran Bretaña? La diplomacia alemana podrá ser acusada de torpe e imprevisora, pero siempre ha mantenido su dignidad y altivez.

F. LARÍN.

EL ÚNICO MEDIO

El pastor Michael Furse, obispo de Pretoria, ha estado recientemente en el frente de batalla del ejército británico en Francia; a su regreso, ha publicado en los periódicos una carta que, aparte del encabezamiento, traducimos íntegra:

«Después de pelear desesperadamente día y noche, durante días y semanas, con espantosas pérdidas, los hombres que hay allí están extenuados y necesitan descanso. Cuando ya no pueden más se les releva, y al cabo de tres días vuelven a la línea de fuego, sin que sepan otra cosa que no hay tropas bastantes para ocupar su puesto. Cuando batallón tras batallón de infantería—y, como ha ocurrido recientemente en el sector de Ipres,—también regimiento tras regimiento de caballería, tienen que permanecer un día y otro y una y otra noche en las trincheras, batidos por los fuertes explosivos de los cañones enemigos, sin tener detrás de sí cañones capaces para protegerles del fuego enemigo, la conclusión que deducen es obvia: la nación ha fracasado en la tarea de enviar cañones y municiones bastantes para contrarrestar los del enemigo. Cuando noche tras noche y día tras día, los hombres que están en las trincheras saben que por cada granada de mano, o granada de fusil, o bomba de lanza-minas que arrojen al adversario, ellos recibirán de cinco a diez, la conclusión a que llegan es también obvia: que la nación no se da cuenta de la situación o, si la comprende, no hace lo que debe para remediarla. Todos los hombres saben que no tienen nada que temer ni de la infantería ni de la caballería alemanas; bastantes veces lo han demostrado. Pero no se les oculta que casi es criminal que una nación pida hombres, henchidos siempre de elevado espíritu, para hacer frente a un enemigo abundantemente abastecido con cañones y todo género de municiones, si no se les abastece a ellos con la misma prodigalidad.

De aquí que todos esos hombres tengan la misma

impresión, esto es que por unos u otros motivos la nación no conoce la verdad, no la comprende, y no les ayuda, porque están justamente persuadidos de que si quisiéramos, podríamos hacer lo mismo que Alemania. A despecho de todo esto, cumplen su deber, conservan su buen humor y mueren alegremente. El hecho es que, como nación, confiamos demasiado en ellos. Sabemos que están allí, que son los mejores soldados del mundo, verdaderamente invencibles, suceda lo que suceda: así es, pero no podrán ganar la guerra por sí mismos. Es su espíritu apoyado por cañones y fuertes explosivos—legales municiones de guerra—lo que producirá la derrota del enemigo, y nada más que aquello. Ni siquiera se nos ocurre descender al nivel del Estado Mayor alemán, empleando gases de cualquiera especie. Este cuento de represalias por gases (tal vez llegaremos a oír que las represalias toman la forma de envenenar las aguas potables), es simplemente otro sistema de adormecer al país y cerrarle los ojos sobre la verdadera necesidad: adecuado número de cañones de gran calibre y granadas de fuertes explosivos y otras legales municiones de guerra.

Estas municiones de guerra no han de ser fabricadas por los hombres que hay en el frente, sino por los que permanecen en las islas británicas. Los hombres del frente lo saben; comprenden que la fabricación de municiones, el vestuario, el equipo, el abastecimiento y las otras mil cosas necesarias a un ejército en campaña, forman parte integrante de deberes análogos a los suyos. Y preguntan (lo he oído yo mismo de labios de heridos, en los hospitales, y de hombres en campaña) «¿por qué yo, que me alisté como voluntario, para ir consumiendo las municiones que mi compatriota ha de fabricar, he de cumplir mi deber bajo pena de los más severos castigos, si deserto o falto a las órdenes que me dan, mientras mi compatriota puede dejar impunemente de cumplir con sus obligaciones? ¿Por qué a mí me castigan si me resisto a ir a las trincheras alegando que no me elevan el sueldo hasta un penique por hora, y al otro se le permite la huelga y al fin se le reduce mediante una visita especial de un Ministro y una promesa de aumento en el salario? ¿Por qué he de permanecer yo días enteros metido hasta las rodillas en el agua y el barro, mientras los otros pueden hacer lo que quieran y fijar sus horas de trabajo?»

¿Sí! ¿Por qué? ¿Por qué cualquiera de nosotros, que clama por la ciudadanía inglesa, cuando el imperio lucha por su existencia es libre de hacer lo que guste? Esta es la pregunta que me hice una tarde, después de haber visitado a un soldado que estuvo combatiendo los tres o cuatro primeros meses de la guerra y luego desertó (su excusa fué la embriaguez), siendo condenado a muerte—y fué fusilado, a las 5 y media de la siguiente mañana. ¿Por qué? Esto es lo que se preguntan los hombres que están en el frente de batalla.

Las noticias que leerán estos días no podrán menos de alegrarles. Durante meses, largos meses, se admiraron de que la nación no hiciera lo que al fin se ha decidido a hacer: formar un Gobierno nacional. Y ahora ¿qué? Este Gobierno nacional ¿hará o no lo que debe? Es meramente una combinación de representantes de los diferentes partidos políticos, en número proporcional con los de la Cámara de los

Comunes? ¿No será más que otro Gobierno político o bien se compondrá de los mejores hombres de la nación, cualesquiera que sean sus ideales políticos? ¿Tendrán que seguir poniendo la mitad de su atención sobre los votos o bien sólo pensarán en la única cosa que interesa: el aniquilamiento del enemigo en el más breve plazo posible? El nuevo Gobierno ¿basará su actuación en el mismo ridículo principio del voluntariado o adoptará el único partido posible?



Cómo las mujeres van desempeñando los oficios de los hombres, en Berlín

Hay que decir a la nación da una vez que no podemos ganar esta guerra y que serán estériles los sacrificios de millares de vidas, a menos que el Gobierno tenga poder bastante para llamar hasta el último hombre, mujer y niño, si les necesita, porque todos ellos deben—directa o indirectamente—contribuir al único fin que debemos obtener: el aniquilamiento del enemigo. Los hombres que están en la guerra aguardan la respuesta, lo mismo que millares de hombres y mujeres aquí, en casa.

Digo el único camino, por las siguientes razones:

1.—Si los hombres que están en el frente saben que tienen detrás a la nación, no habrá temor de que desfallezca su ánimo, aunque falten cañones, y el enemigo seguirá fuera de nuestros fuertes. Ellos

esperarán contentos, si saben que por fin este asunto va a ser tomado en serio.

2.—Porque de este modo nuestros comandantes en jefe en mar y en tierra podrán establecer sus planes de campaña con la certidumbre de llevarlos a cabo. Ahora, sólo se trata de combatir como mejor se pueda. Cuando el Gobierno sepa que puede apelar a todos los recursos en hombres y material, entonces, y sólo entonces, podrán ajustar sus planes a la producción en un plazo determinado. Sólo así será posible decir a los comandantes en jefe lo que deben esperar y cuándo.

3.—Porque es una imprudente locura imaginar que nosotros, como nación, hemos sido favorecidos tan milagrosamente por el Todopoderoso, y sólo nosotros entre todas las naciones del mundo podemos proseguir una guerra de esta naturaleza sin acudir a todos los recursos del país. En la actualidad, nuestros métodos de vida son los normales de siempre. No ayudamos debidamente a nuestros aliados. Ellos no reservan nada; nosotros, sí.

4.—Porque sólo de esta manera la eficiencia colectiva de la nación será un hecho. Muchos hombres que sirven en el frente debían estar en casa y viceversa. El método actual de alistarse o no, a gusto de cada cual, está basado en el azar y en la vagancia, y es de todo punto inadecuado.

5.—Porque un factor esencial para la continuación de la guerra consiste en que un elevado espíritu inflame, no sólo a los hombres que están en la guerra, sino a toda la nación. Sólo este espíritu será capaz de vencer las dificultades y llegar al fin deseado.

Hoy día falta este espíritu, porque la conciencia de la nación esta intranquila. Como individuos no sabemos si cumplimos o no nuestros deberes. El pueblo está triste y deprimido, no porque abrigue temores sobre el fin de la guerra (no sabe lo bastante acerca de la verdadera situación), ni porque no esté dispuesto a afrontar valientemente los sacrificios que la guerra impone, sino porque su conciencia no está satisfecha. Es imposible tener buen espíritu cuando la conciencia está intranquila.

Este es el motivo del buen espíritu de los hombres que hay en el frente. Su conciencia está tranquila. Saben lo que han hecho y hacen lo que deben. Han realizado la gran renuncia. Han quemado las naves y se han puesto a las órdenes de otros. Sólo se ocupan en hacer lo que se les manda. Cuando no se les necesita, no sienten escrúpulos por divertirse

lo mejor que pueden. Cuando toda la nación sepa ponerse a las órdenes del que manda y esté persuadida de que obra como debe, veremos el mismo espíritu de alegría en casa, y este espíritu es esencial. Todo lo que necesitamos es un caudillo, un fuerte y enérgico caudillo.

Pero ¿lo aceptará la nación? ¿La política otra vez! Si no lo acepta, tendrá que sujetarse antes de mucho a algo bastante más desagradable. Pero la nación lo quiere y le aplaudirá, ya que todos serán tratados por igual y que se dirá la verdad—no una verdad a medias, que es peor que la mentira—, consistente en que aun cuando contene-mos al enemigo por el indomable espíritu y el abnegado sacrificio de nuestras tropas, no podremos ni seremos capaces jamás de aplastarlo, en tanto no enviemos a nuestros soldados una abundante y aun excesiva dotación de municiones. Avanzar unos pocos metros o retirarse unos pocos kilómetros o simplemente contener al enemigo, no es ganar la guerra. Acaso produzca una paz en tiempo lejano, pero será una paz *made in Germany* y no de manufactura británica.

La nación aceptará de buen grado el servicio obligatorio porque el temple de la nación no es el mismo de antes. Sucesos recientes han mostrado, hasta a los más flemáticos, que estamos realmente delante del demonio encarnado. Hallándonos en lucha contra un enemigo que no retrocede ante nada, por cruel y deplorable que ello sea, un enemigo que se vale de gases, hunde Lusitanias, pone arsénico en los manantiales y difunde enfermedades, con meros paliativos no venceremos a este demonio o le echaremos fuera, sino por el servicio de toda la nación. El servicio obligatorio será bien recibido si la nación sabe la verdad, esto es, que millares de las mejores y más bravas existencias que ha producido el imperio jamás, se pierden estérilmente porque la nación aún no ha comprendido qué cosa es la guerra».

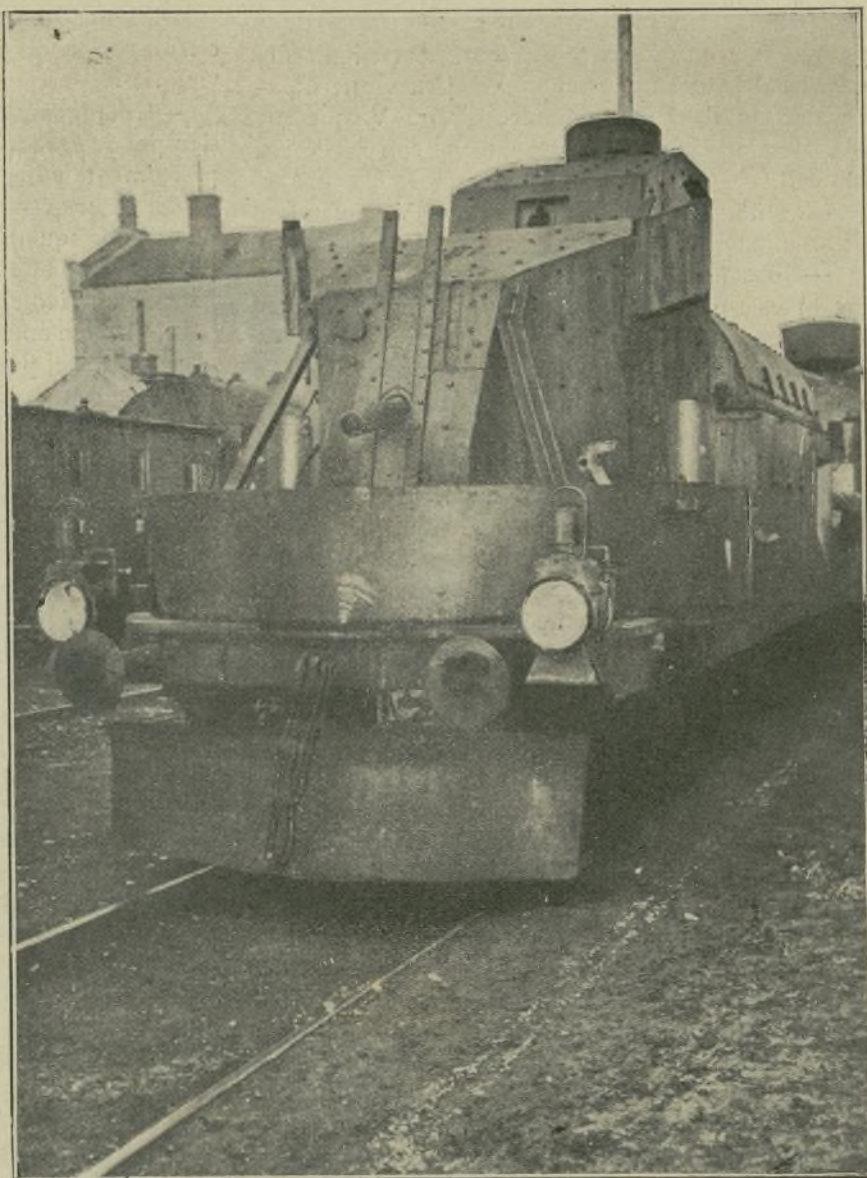
CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La segunda edición

(El señor A).—¿Qué me cuenta V. de los austriacos, don Subrio? ¿Ha leído V. el triste estado en que se encuentran los prisioneros hechos por los italia-

nos, hambrientos, descalzos, con los uniformes rotos?

—No me extraña, porque en el mismo estado se hallaban los alemanes en las primeras semanas de la guerra. ¿No se acuerda V. de aquel oficial en cuyo estómago sólo se encontró un grano de trigo, de aquellos millares de prusianos que se entregaban a los belgas, de aquella insistencia en afirmar que la administración alemana no se preocupaba de dar de comer a las tropas?



Tren blindado empleado por los austriacos en Galicia

(El señor B).—¿V. ha leído semejantes tonterías, don Subrio?

—Y V. también, sólo que no se acuerda. El día que V. quiera, le enseñaré los periódicos con las noticias originales; que los alemanes huyen, que no saben tirar, que carecen de pan, que les faltan zapatos, que se entregan en masa... Así se quería encender el entusiasmo en el pueblo francés. ¡Qué amargo fué su despertar! Cuando abrió los ojos ya el enemigo se había comido la mejor tajada del territorio galo. ¡Claro, tenía tanta hambre!

(El señor A). Los italianos son más serios...

—Bastante más; el parte del otro día ocupaba media columna del periódico; daba cuenta de victorias en todo el frente, de la ocupación de muchos pueblos, puertos de montaña, valles y montes. La

guerra está ya en su apogeo, me dije, pero cuál no sería mi estupor al leer que en aquella jornada las bajas de los italianos ascendieron a dos muertos y cinco heridos. ¡Como los austriacos no saben tirar! Verá V. qué barato les resulta el Trentino a los italianos; hé aquí por qué no lo quisieron regalado; para el trabajo que les había de costar...

(El señor B).—¡Vaya, vaya, don Subrio! ¿Conque también anti-italiano?

—¡Ni anti-italiano, ni anti-chino! ¿Qué tienen que ver los italianos con las exageraciones de la prensa y la ampulosidad de ciertos partes? El día que los alemanes incurran en semejantes puerilidades, por no llamarlas ridiculeces, dirá V. que soy anti-alemán. Confunde V. el rábano con las hojas, señor B.

(El señor B).—Como siempre está V. mofándose de los aliados...

—No, señor. Yo únicamente me divierto a expensas de los estrategas de café—porque los otros bastante tienen que hacer en los frentes de batalla—y de los que quieren hacernos comulgar con ruedas de molino; hemos conquistado seis líneas de trincheras, una meseta, dos reductos, tres granjas, un espolón, cinco bosquecillos. ; pero ¿tan poco poblada está Francia que no hay manera de llamar a las cosas conquistadas por sus nombres? Lo que pensará el infeliz patriota francés; pero, señor ¿dónde diablos estarán esas trincheras y esas zarandajas, que todos los días nos apoderamos de unas cuantas y nunca nos movemos del mismo sitio? Y acaba por coger el periódico y maldecir a quien lo inventó. Los italianos han empezado a seguir el mismo método: ya salen a relucir las trincheras, los montes y alturas in-nominados y la frase consabida de «algunos centenares de prisioneros».

(El señor A).—¿Qué quiere V. que digan, si esto es la verdad?

—Da también la casualidad de que las bombas enemigas caen sobre los hospitales, y las que dan en los fuertes y poblaciones, o no estallan o no causan daños; a lo más, perece alguna anciana desvalida. Y digo yo: pero ¿dónde colocan los franceses y los italianos sus hospitales, que se los encuentra en todas partes y en todos lados? Ya sé que Francia entera es un inmenso hospital, pero no creo que Italia esté en el mismo caso. Y ¿cómo hay tantas ancianas en las poblaciones bombardeadas? ¿No es un deber de las autoridades preservarlas de innecesarios peligros? Le digo a V...

(El señor B).—De modo que a su juicio...

—Espero que nos hablen pronto de los gases asfixiantes y de las crueldades enemigas y del famoso 75. Más valdría hacer una segunda edición de los periódicos del mes de agosto, variando títulos y nombres, y por adelantado sabríamos la historia de la campaña. Muchas conquistas, muchas victorias, millares de prisioneros, estupendos avances y...

(El señor A).—¿Y qué, don Subrio?

—La continuación la dejo a cargo de los austro-alemanes.

—(El señor B).—En resumen ¿cómo quiere V. que se conduzcan los italianos?

—Como los alemanes: cuando ocurren hechos importantes, los declaran en media docena de palabra, y si no hay cambios en la situación, se callan.

De hechos nimios y combates insignificantes, ni una palabra.

(El señor A).—Cada cuál tiene su sistema y no se le debe reprochar...

—Esa será la opinión de V.; a mí me parece otra cosa; dedicar cuarenta líneas a la toma de un hoyo y una columna a la conquista de una trinchera, y guardar el más absoluto silencio sobre las derrotas, le parecerá a V. muy bien, pero a mí me parece muy mal.

(El señor B).—¿Pretenderá V. acaso que los describan con tanta proligidad y entusiasmo como las victorias?

—Es el inconveniente del charlatán; el que habla siempre de grandezas concluye por ser mirado compasivamente y llega a infundir lástima y piedad.

(El señor A).—Verdad es, don Subrio, que no imita Italia aquella elocuente sobriedad de Tácito, ni la concisión de Salustio, pero está muy lejos de haber incurrido en el pecado de que V. la acusa.

—Todo se andará, ya lo verá V. ¡Quién había de decirle a aquel pueblo de tanta originalidad que había de verse reducido a la triste condición de plagario de los galos! ¡Oh, manes de César y Vercingetorix! Por de pronto ¿me quiere V. decir si es propio de los descendientes de los antiguos romanos el dar a conocer bajo pomposos títulos de enormes caracteres, los tonelajes y características de los barcos alemanes y austriacos que, refugiados al principio de la guerra en los puertos italianos que creían hospitalarios y amigos, han sido confiscados y van a navegar bajo el pabellón de Saboya? ¿Le parece a V. esto un triunfo digno de ser pregonado?

(El señor A).—¡Es la ley de la guerra, don Subrio!

—Y ¿para cuándo se guarda el silencio? ¿No les valiera más callar? ¿Es así como se ganan las victorias? ¡Cuán funestas han sido para el mundo aquellas famosas lentejas de Esaú! Por lo demás ¿cómo me explica V. que los italianos avancen tan despacio, pese a sus millones de soldados? ¿Confían también en el rodillo ruso?

(El señor A).—¡Qué quiere V! Los temporales y el mal tiempo han puesto intransitables los caminos, los ríos se han salido de madre...

—¡Sí, sí! Estamos en el secreto, porque sabemos de sobra la influencia del mal tiempo en Rusia, Francia y los Dardanelos. Lo dicho, señores, estamos en la segunda edición, y deben ustedes saber que nunca segundas partes fueron buenas.

SUBRIO ESCÁPULA.

UN "SECRETO" DE GUERRA

El *Times* del 21 de mayo pasado ha sido denunciado y sometido a los tribunales ingleses por la publicación de una carta del comandante Richardson, en la que figuran los siguientes párrafos que se ha estimado vulneraban el secreto militar:

«He regresado recientemente de Francia, donde he permanecido en contacto con los franceses.

»Las últimas reservas francesas están agotadas, y en los presentes momentos están siendo llamados a filas jóvenes reclutas.

»La natural consecuencia de esto es, que los franceses esperaban de nosotros el enorme número de

hombres que aún necesitan para llevar la guerra a algo que parezca una conclusión satisfactoria, y que el hecho de que no lleguen estos refuerzos es un grave daño para el sentimiento público en Francia, porque llegará el invierno y la guerra languidecerá. Causa penosa impresión presenciar los contingentes de jóvenes, aun en su adolescencia, que son llevados a la línea de fuego, como yo he visto la semana pasada.

»En mi viaje de regreso, ví la mescolanza de individuos de diferentes razas detrás de Ipres, y cuando inmediatamente crucé el canal, tropecé con montones de hombres jóvenes, fuertes, que paseaban y

se divertían, a los que se llama en vano y que contemplan con indiferencia las angustias de sus hermanos».

A raíz de la publicación de estos párrafos, el Gobierno francés llamó la atención del Gabinete británico, según manifiesta el *Times*, y este periódico fué denunciado, a pesar de que era público, y los alemanes lo supieron antes que nadie, que Francia había llamado al reemplazo de 1917, y que el escrito del comandante Richardson no era, en síntesis, más que un apremiante alegato en favor de la implantación del servicio obligatorio en Inglaterra.

CRÓNICA MILITAR

I. La artillería pesada alemana.—II. La crisis en oficiales del ejército británico.—III. Ojeada general sobre el estado de la guerra en los presentes momentos.—IV. La estrategia alemana y la estrategia rusa en Galizia.—V. La reconquista de Przemysl.—VI. Las operaciones en Galizia.—VII. La situación el 9 de junio

I.—La artillería pesada alemana

Hace una docena de años, desbordaba el entusiasmo de los franceses por las excelencias de su cañón de 75 milímetros de calibre, con escudo, de mecanismo de retroceso casi perfecto y tiro rápido, que los alemanes les envidiaban. Los artilleros más reputados del Imperio se dolían, con exceso de candidez o con astucia ejemplar, que eso aún no se sabe, de la inferioridad del cañón alemán, simplemente de tiro acelerado, sin protección; se lamentaban de que el país no concediera créditos bastantes para la reforma de todo el material; y se hacían lenguas de las ventajas de la batería francesa de cuatro piezas, muy superior en condiciones tácticas y de eficacia, a la alemana de seis. ¡Quién había de imaginar por entonces que a los pocos años y casi por sorpresa, Alemania dispondría de un material de artillería tan bueno o mejor que el francés y mucho más abundante!

En aquella época de regocijo francés, aparecieron las primeras piezas pesadas de campaña alemanas. El hecho produjo sorpresa, pero no llegó a alarmar a la opinión militar de la República vecina, porque más bien se trataba de un ensayo que de un progreso técnico. Con rapidez vertiginosa se multiplicaron los calibres, llegóse a los de 15 y 21 centímetros, a los obuses se añadieron los morteros, y fué menester una triple clasificación en la artillería: de campaña, pesada ligera de campaña y pesada de campaña. Los antiguos trenes de sitio, formarían en adelante parte integrante de los ejércitos de operaciones, con movilidad casi igual a la de las piezas más ligeras. Se abría una nueva época para la artillería.

Francia acabó por darse cuenta del extraordinario progreso artillero de su rival, pero éste había tomado tal delantera que había ya ultimado la organización y contaba por centenares las piezas pesadas, cuando aquella daba los primeros pasos. La extraordinaria actividad de las fábricas francesas no pudo evitar que al comenzar la guerra la superioridad de los alemanes en artillería pesada fuera inmensa; esta superioridad subsiste todavía, acrecentada por las baterías automóviles de morteros austriacos de 30.5 centímetros, y por el empleo en tierra de ciertos ca-

libres de marina. Si esto ocurría en Francia, ocioso es añadir que en Inglaterra la artillería pesada era casi desconocida, y rudimentaria en Rusia.

La necesidad de esta artillería se puso de manifiesto en la Manchuria.

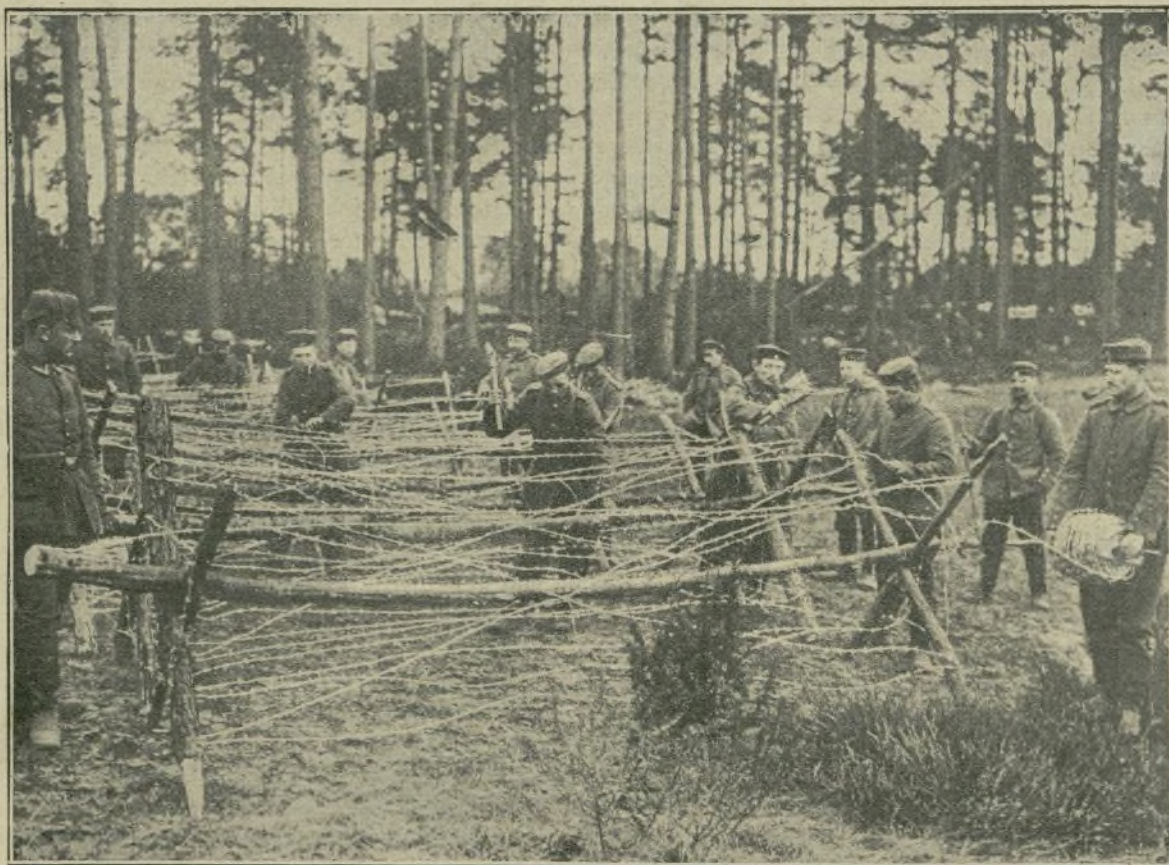
Antes, las batallas eran de corta duración, apenas se acudía a la pala, y lo que importaba era poner muchos hombres fuera de combate en un tiempo corto. El shrapnel, proyectil explosivo cargado de balines, parecía el irremplazable, por no decir el único, aunque se conservaba la granada, bien que multiplicando el número de sus fragmentos. El caso era cubrir de proyectiles al enemigo. Pero en la campaña ruso-japonesa, la escasez de comunicaciones y la lentitud con que recibían refuerzos los rusos por el transiberiano, les movió a atrincherarse fuertemente en las posiciones que ocupaban, y los japoneses tuvieron que acudir a los mismos métodos para no ser destruidos al avanzar al ataque. Vióse entonces lo ineficaz del shrapnel y de la granada ordinaria contra los fuertes parapetos y las trincheras muy enterradas. Con todo, los tipos de fortificación empleados por los rusos, más diestros que sus adversarios en esta rama de la técnica, no se inspiraban en el principio de la desenfilada total de las vistas, es decir, no eran completamente invisibles a distancia, ni el obstáculo material que ofrecían estaba a prueba de los proyectiles de las pocas piezas pesadas que llevaron los japoneses a la guerra campal.

Los alemanes comprendieron que las enseñanzas de aquella campaña no eran más que el primer paso en la evolución de los métodos de combatir. Concedieron más importancia a la pala, se practicaron en las labores de atrincheramiento y estudiaron el medio de batir con éxito los reparos artificiales en que se escudara el enemigo. De aquí la aparición de la artillería pesada de campaña.

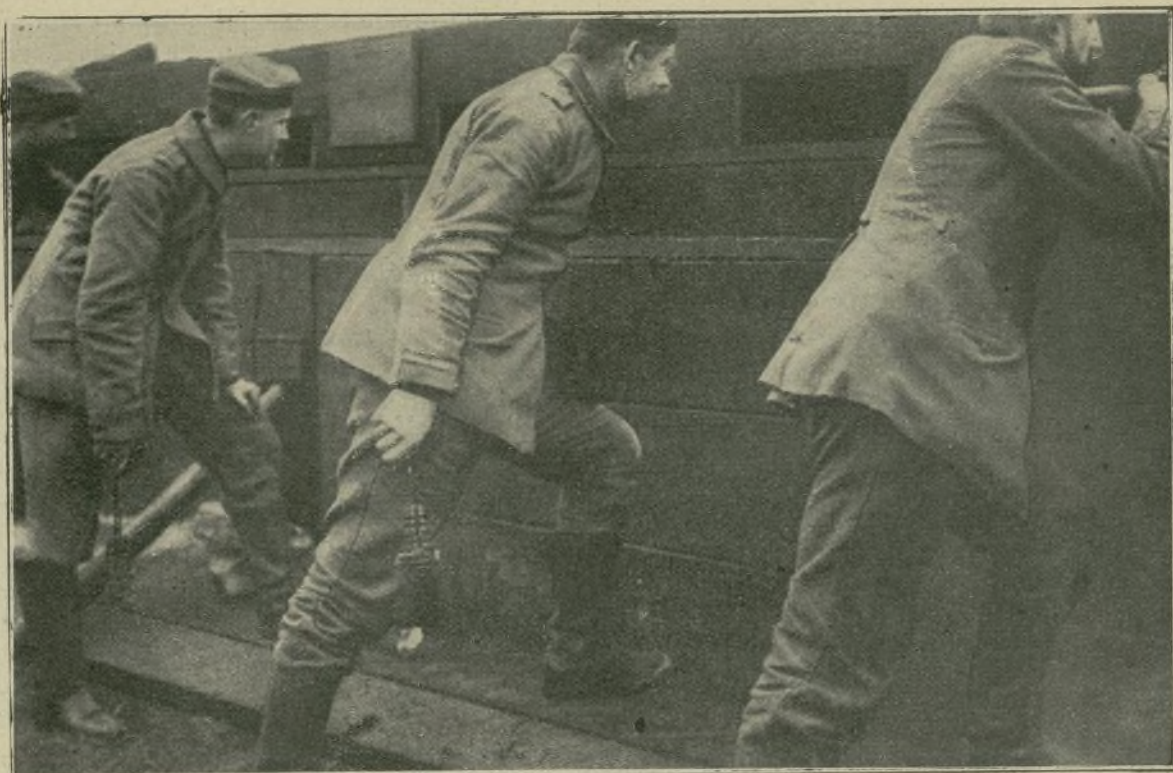
Contra una trinchera enterrada, y blindada o no, contra un pueblo, caserío, cantera, etc., los proyectiles del cañón de campaña no pueden nada. Para destruir una trinchera, se necesita que la granada, al caer en tierra y estallar, produzca un embudo de gran profundidad, que deje abierta la excavación en que se refugie el defensor; para deshacer una fuerte defensa accesoria, tala o alambrada, es menester que



Casita de campo en la Bukovina, situada en la línea de fuego; a pesar de la frecuente caída de proyectiles, las cigüeñas no abandonan su nido, en el tejado



Defensas accesorias, mezcla de alambradas y caballos de frisa, empleadas por los alemanes en el frente occidental



Soldados alemanes, con granadas de mano, preparándose a defender una trinchera junto al Dunajec



Destacamento alemán disparando contra un aeroplano enemigo

el proyectil arranque varios piquetes o troncos, los destroce y los lance a distancia; para desalojar al adversario de un poblado o de una granja, han de emplearse granadas que perforen y derriben las paredes y hundan techos y cubiertas. Esta es la misión de la artillería pesada. De suerte, que así como la ligera está destinada a producir bajas en el personal, la pesada tiene por objeto inutilizar las defensas artificiales o naturales, obra preliminar sin la cual no es posible barrer al adversario que ocupa una posición.

Goza, además, esa artillería, de la ventaja de ser indirecto su tiro, lo que le permite situarse en lugares ocultos de la segunda línea y batir metódica y tenazmente, sin apremios de tiempo, ni tener que contestar al fuego enemigo, la posición que ha de atacarse; la trayectoria, mucho más curva, se presta mejor a batir bien el interior de las obras defensivas.

Gracias a su numerosa artillería pesada, los alemanes han podido hacer frente, en repetidas ocasiones, a un adversario más fuerte, en el frente occidental. Gracias a ella, cuando han querido atacar, han podido quebrantar previamente a su enemigo, arrojándole fuera de sus trincheras; en este momento, la artillería ligera y las ametralladoras han realizado su obra destructora sobre los hombres. En el frente oriental, la artillería pesada ha sido un precioso auxiliar para los alemanes: conocida la tenacidad de los rusos en la defensa de posiciones, hubieran costado mucho tiempo y muchísima sangre a los alemanes las victorias obtenidas en la Prusia Oriental y en Polonia. Concentrando un número suficiente de piezas pesadas contra el objetivo, se ha conseguido deshacer las obras de fortificación, barrer las defensas accesorias, y encender la confusión y el pánico en las tropas rusas, sometidas a un fuego que ni respetaba las vidas, ni encontraba obstáculos que lo detuvieran. No ha habido derrota de consideración que no haya sido atribuida por los rusos, en parte preponderante, al efecto de la artillería pesada. Y ahora mismo, en las batallas de Galizia, en la ruptura del fortísimo frente ruso en el Dunajec, tomó activísima y avasalladora cooperación la artillería pesada alemana. Es, sin disputa, el factor de guerra que más temen los ejércitos aliados, tanto por lo destructor de su fuego, como por no disponer los rusos, ingleses y franceses del número proporcionado de piezas de igual calibre. Lo adelantada que está en Francia la fabricación del material de artillería ha permitido suplir en parte esta debilidad; con todo, todavía tardarán mucho tiempo los franceses en poder equilibrar sus fuerzas con las del enemigo, en este concepto; los ingleses están en circunstancias bastante peores, pero, en compensación, el frente que ocupan es bastante más reducido que el cubierto, a igualdad de fuerzas, por los franceses, por lo que no se deja sentir tanto la deficiencia en piezas pesadas; los rusos son los peor dotados; y en cuanto a los austriacos, no poseen tantas baterías de aquella clase como los alemanes, pero en los grandes calibres ni sus mismos aliados pueden rivalizar con ellos.

La artillería pesada y las ametralladoras han sido los dos elementos de efectos más sorprendentes e inesperados en el campo de batalla. Parece, pues, iniciarse una nueva corriente en las ideas que predominaron durante muchos años; al calibre único y

al proyectil casi único, que habían de servir para todo, se les quiere substituir por un calibre más pequeño disparado por una pieza de tiro aun más rápido, contra el personal, y grandes calibres con fuertes cargas explosivas y mucho metal, contra los obstáculos materiales.

II.— La crisis en oficiales del ejército británico

El promedio de bajas en oficiales que ha tenido el ejército británico (incluyendo el cuerpo expedicionario a los Dardanelos) ha sido, en el pasado mes de mayo, de 137 diarias, que dan un total de más de 5000 en todo el mes.

Se rebasó este promedio en los tres primeros meses de la guerra, así como durante las furiosas batallas de Ipres, pero no se llegó a él en el período de invierno, de suerte que puede admitirse que el ejército británico ha perdido cerca de 45.000 oficiales desde que la guerra comenzó; aproximadamente, una cuarta parte de aquel número han vuelto o volverán a incorporarse a filas, resultando en definitiva una pérdida absoluta de más de 30.000 oficiales.

¿De dónde extrae Inglaterra los jóvenes con instrucción bastante y en cantidad suficiente para llenar los huecos que el fuego y el hierro van produciendo en la oficialidad? ¿Cómo ha podido hacer veinte veces mayores de lo que eran los cuadros del ejército activo?

El lector recordará seguramente lo que escribí acerca de la crisis irremediable que pesaría sobre Inglaterra, por la escasez de su oficialidad. Si el corto abastecimiento de municiones y las dificultades de diversos órdenes con que se tropieza para fabricarlas en la medida que hacen falta, es una de las principales causas que se oponen a la persistencia de los esfuerzos del ejército británico y obligan a dejar transcurrir mucho tiempo entre cada dos operaciones ofensivas, en la falta de oficiales ha de buscarse el motivo de que se malogren muchos ataques y de que el ejército inglés, superior en número al alemán que se le opone, esté llevando hace meses la peor parte en la contienda.

La oficialidad inglesa se nutre actualmente en las clases de la aristocracia, de la burguesía y, principalmente, de los estudiantes. Los alumnos admitidos asisten a un curso de tres meses y son enviados al frente de batalla. Llegan a él con conocimientos teóricos forzosamente rudimentarios y deficientes, y sin ninguna práctica, o sea en el estado menos apropiado para luchar contra un ejército tan bien organizado como el alemán. Esto lo sabe el Ministerio de la guerra y lo saben los cuarteles generales, pero hay que inclinarse bajo la pesadumbre de la necesidad. Ahora está tocando la Gran Bretaña su tradicional descuido en lo que atañe al ejército de tierra.

La incompleta preparación de los oficiales, su improvisación, ejerce sus funestas consecuencias en dos sentidos: no aumenta la cohesión de las tropas, ni las pone en condiciones de desarrollar sus excelentes cualidades individuales; y como los oficiales, llevados de su buen espíritu, tienen que suplir por el valor, que lo poseen en grado eminente, los conocimientos, la práctica de que carecen, la proporción

de bajas en ellos con respecto a las de tropa va en aumento incesante, y el daño se agrava de día en día en vez de remediarse.

Es un problema que no tiene solución, y que si no ha conducido ya a un desastre, ha sido porque los alemanes tienen pocas tropas en Francia y, también, porque las pérdidas en oficiales que han padecido alcanzan cifras inmensas. Pero como Alemania disponía de muchísimos oficiales de reserva, le fué fácil reemplazar las bajas de los cuadros activos, y, con su acostumbrada previsión, se preocupó desde el mes de agosto de formar nuevas promociones de oficiales, sin prisas ni agobios; aunque podría completar los cuadros sin más que apresurar los estudios de los aspirantes, prefiere que en los cuerpos sólo haya la mitad del número señalado por la organización, a condición de que los enviados sucesivamente al teatro de la guerra reúnan todas o casi todas las condiciones necesarias. Por eso el ejército alemán no ha decaído todavía, aunque decaerá si la guerra se prolonga mucho tiempo.

Los ejércitos que, como el británico, no contaban con muchos oficiales de reserva, han de resignarse a no obtener el debido fruto de su superioridad numérica.

La preparación para la guerra es cada día más difícil, y requiere una previsión exquisita y un cuidado de todos los momentos.

III.—Ojeada general sobre el estado de la guerra en los presentes momentos

Se están desarrollando cinco campañas a un tiempo: en Francia, en el N. O. de Rusia, en Polonia meridional y Galizia, en las fronteras austro-italianas y en los Dardanelos. Los combates en el Cáucaso, como los librados en Mesopotamia y en las fronteras de Egipto, no influyen de un modo directo en el resultado de la guerra, aunque tendrían enorme trascendencia si a los turcos les sonriera la fortuna, cosa que no ha ocurrido hasta hoy. Examinemos la situación general militar, al entrar las operaciones en el undécimo mes de la guerra.

En el O., los alemanes iniciaron su campaña con una ofensiva vigorosa que les llevó a la conquista de Bélgica y a la invasión de Francia; contenida en la primera quincena de septiembre, los franco-ingleses atacaron a su vez, empeñándose una batalla interminable, que concluyó cuando se agotaron las fuerzas de los aliados y sin que éstos pudieran rechazar al invasor al otro lado de la frontera. No se interrumpió, sin embargo, la lucha, que revistió en adelante caracteres locales. De vez en cuando tuvo lugar algún ataque enérgico contra las líneas alemanas, pero bien a las claras se descubría que sólo se encaminaba a llamar la atención del enemigo hacia el O., para facilitar en el otro frente la acción de los rusos. Desde últimos de octubre, la situación no se ha modificado en lo esencial; aunque los franceses han obtenido algunas pequeñas ventajas, mayores han sido las ganadas por sus adversarios, no sólo en el sector de Soissons, en Argonna y en el Mosa, sino también en Artois y Flandes; compárense los nombres de los pueblos en que tuvieron lugar los combates de noviembre (citados en los partes oficiales del mariscal French, publicados en estas páginas) con

los ocupados ahora por los aliados, y se comprobará que el frente de batalla desde Arras al mar se ha trasladado en conjunto hacia el O.

Fuera de duda están tres hechos principales, que sintetizan la situación en el teatro occidental: 1.º la superioridad numérica de los aliados sobre los alemanes ha ido en aumento desde septiembre de 1914 a junio de 1915; 2.º los alemanes se encuentran a la defensiva estratégica, y aprovechan su mayor potencia artillera y de cohesión, para sostener la ofensiva táctica donde quiera creen que pueden alcanzar alguna ventaja; 3.º los aliados están también a la defensiva en el concepto estratégico, y periódicamente asumen la ofensiva táctica, con grandes masas de hombres, no con la esperanza de romper el frente enemigo, sino para mantener el buen espíritu en las tropas, alentar al país propio y, ante todo, apoyar a los rusos.

En resumen: los alemanes han suspendido su ofensiva estratégica en Francia hace nueve meses, dando tiempo a que la guerra se resuelva en otro teatro; y los aliados, convencidos de lo infructuoso de sus esfuerzos, cifran sus esperanzas en el agotamiento del enemigo y en la ayuda de los rusos.

Resulta de esto, que el ejército ruso está ocupando el primer lugar desde el mes de octubre, y que la campaña en Francia está supeditada, por parte de los alemanes y de sus adversarios, a la campaña en Rusia.

Este imperio comenzó brillantemente sus operaciones, con la invasión de la Prusia oriental, la marcha sobre Thorn, la derrota de los austriacos y la ocupación de Galizia, con el consiguiente avance por los Cárpatos y un principio de penetración en Hungría. No en vano aquel ejército estaba movilizado y dispuesto para la guerra con muchas semanas de antelación. Los austro-alemanes adoptaron rápidamente su resolución y con perseverancia ejemplar desarrollaron un plan que, de seguro, no figuró nunca en los pensamientos del gran cuartel general, convencido de que cuando Rusia entrase en línea ya estaría vencida Francia.

Uno tras otro fueron destruidos los ejércitos moskovitas y la guerra llevada al territorio enemigo. Este se empeñó en llegar a Hungría, y cometió el desacierto enorme de lanzar lo mejor y más fuerte de su ejército a la región de los Cárpatos, único teatro, cabalmente, en que la superioridad numérica no podía ser decisiva, aun suponiendo igualados los demás factores morales y materiales. Mientras los austriacos sostenían en los Cárpatos el empuje de la masa rusa principal, los alemanes destruían a los ejércitos que operaban más al N., y cuando ya no tuvieron apenas nada que temer de las tropas rusas de Polonia y Lithuania, invadieron la Curlandia, obligaron a mover hacia allí los recursos militares que el Czar aún tenía en el interior del Imperio, y privaron a las tropas que se batían en los Cárpatos de la ayuda que muy pronto les iba a ser necesaria. Un numeroso ejército austro-alemán, en efecto, con una dotación inmensa de artillería, se concentraba entre tanto en el Dunajec y desde Uszok a Strij, para dar el golpe de gracia al poderío militar de Rusia. Los ejércitos rusos III y VIII fueron deshechos, reconquistado Przemysl, rota la línea enemiga en Strij, barrida, en una palabra, aquella masa de sol-

dados que excedía de millón y medio de hombres.

Con igual tenacidad que en las líneas de Francia, los cuerpos alemanes que se encuentran en Curlandia mantienen las posiciones, infligen descalabro tras descalabro a los rusos, y tienen pendiente, por el N., una terrible espada sobre las fortalezas del Niemen. La línea de éstas se prolonga en Polonia por el Narev y el Vístula. Mientras las alas—Curlandia y Galizia— han estado en poder de los rusos, ninguna amenaza seria se cernió sobre el fuerte frente que va desde Kovno a Ivangorod; pero, derrotados decisivamente los rusos en Galizia, quedará abierto el flanco de la larga línea, y si también lo son en Curlandia, toda ella se abatirá con rapidez desconcertante. Porque las plazas fuertes—bastante lo ha demostrado la historia de la guerra—se defienden con los ejércitos de campaña—que a su vez reportan de ellas positivas ventajas—y no con sus guarniciones; y falta Rusia de esos ejércitos, carecerá del único instrumento que le permitía proseguir la campaña. Se decidirá, tal vez, por una campaña defensiva, lenta y laboriosa, pero habrá cesado de ser aquel elemento resolutivo en que tenían puestas sus miradas los franceses e ingleses, y no será ya necesario un numeroso ejército austro-alemán en el E.: fuertes contingentes se trasladarán a Italia y Francia, y la guerra habrá llegado a su punto culminante; no se hablará de trincheras y reductos, porque la maniobra volverá a ocupar el primer lugar, digan lo que quieran los que tanto han ponderado la lucha de posiciones. Pero esto no se ejecutará antes de que Rusia haya sido totalmente vencida. No es aventurado suponer que los austro-alemanes esperan obtener este resultado antes de que medie el verano; grandes y colosales esfuerzos tendrá que hacer el gran duque—si aún dispone de artillería y municiones en número bastante—para prolongar la resistencia unos cuantos meses, sin ceder al enemigo girones preciadísimos de Rusia.

De donde se infiere, que la larga espera de los aliados en Francia, su plan genuinamente contemporizador, no les habrá dado los resultados que esperaban. Se arrepentirían de no haber tomado una ofensiva resuelta, exponiéndose a perderlo todo, pero también a ganar un triunfo completo y decisivo, si no fuera porque esa prudente actitud fué en gran parte impuesta por la imposibilidad moral de obrar de otra manera. La campaña ofensiva a todo trance quedó excluida por las derrotas del mes de agosto y por el término de la resistencia de los belgas.

Mientras los austro-alemanes han reunido casi todas sus fuerzas en el punto decisivo, contra Rusia, relegando a segundo término los demás teatros, los aliados incurrieron en una falta militar imperdonable, que señalé desde el primer día; dividir sus fuerzas y sus recursos—no sobrados—, emprendiendo la aventurada expedición a los Dardanelos. No hay exageración en decir que el ejército de desembarco, aislado en país enemigo y a muchos centenares de kilómetros de su patria, necesita, aun siendo relativamente poco numeroso, que se le preste tanta o más atención que el que pelea en Francia. Verdad es que el desembarco en los Dardanelos ha puesto fin, por ahora, a las tentativas contra el canal de Suez, pero una empresa de esta índole sólo debía ser aco-

metida a condición de que la campaña en el teatro principal se desarrollara victoriosamente y sobrarán fuerzas para rematarla. Cada batalla en los Dardanelos, mientras no se logren resultados más positivos, equivale a una derrota en Francia.

En el teatro austro-italiano, la situación aún no se ha despejado. Los italianos efectúan un avance metódico con suma lentitud y toda clase de precauciones, y no parece que los austriacos quieran oponer una defensa empeñada, ni mucho menos acumular allí fuerzas que les son más útiles en otra parte.

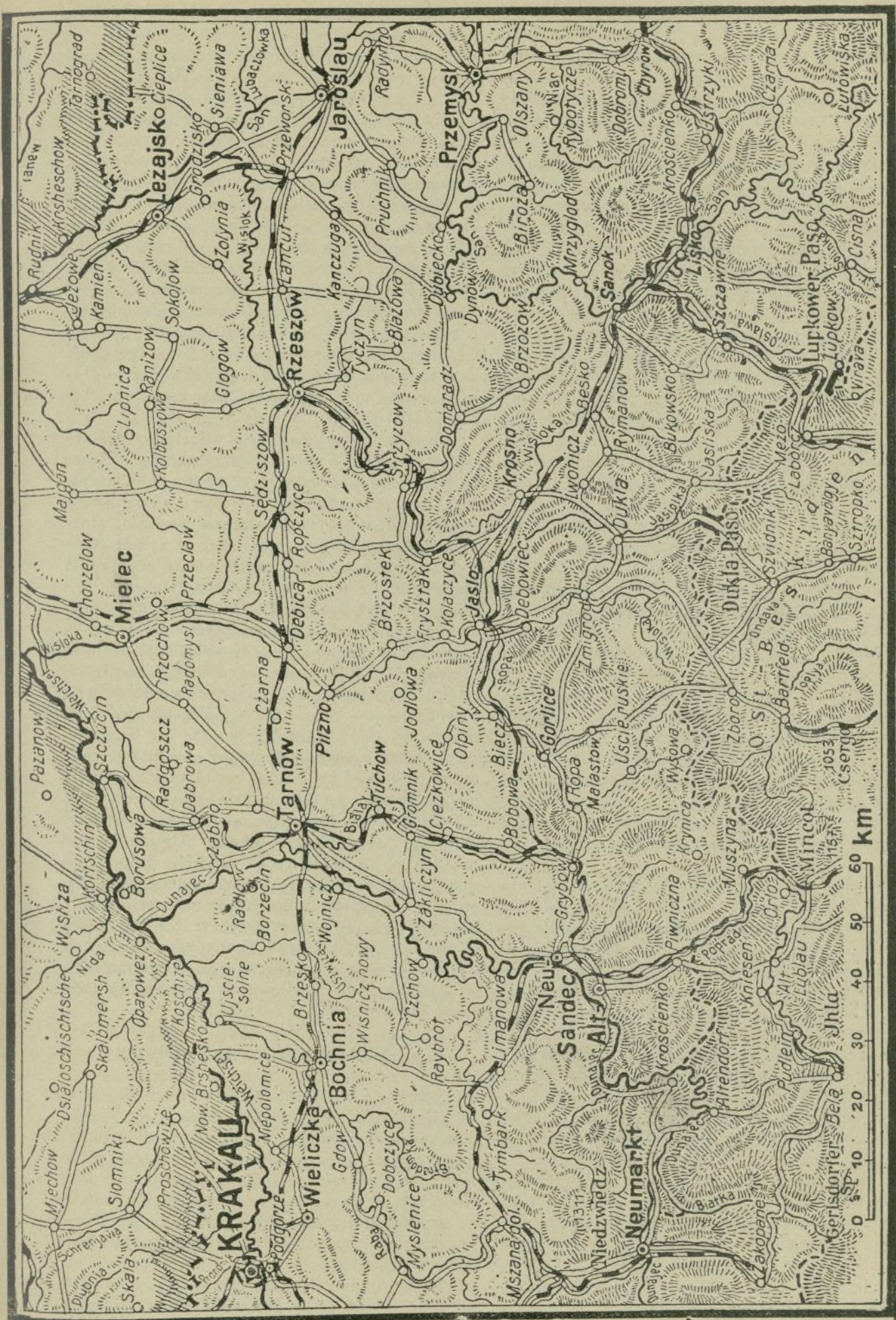
De las dos hipótesis que formulé: ofensiva austro-alemana, inmediata y a fondo, o resistencia paso a paso, cediendo terreno gradualmente, esta última es la adoptada, si la situación es tal como la dan a conocer los partes oficiales. Como la campaña en el Tirol puede mantenerse largo tiempo con pocas tropas, y la invasión hacia Trieste será comprometida mientras los italianos no hayan conquistado el Trentino y los alpes Cárnicos y Julianos, los sucesos de trascendencia están lejanos todavía. Es muy probable que los alemanes aplacen su acción contra Italia hasta después de la terminación de la campaña en Francia, si en el O. les acompaña la misma fortuna que en el E. En tal caso, la guerra con Italia será espantosa, más terrible cuanto más se tarde en emprenderla. Para los alemanes, la importancia de sus enemigos se encuentra en este orden: Rusia, Francia, Italia. Si, efectivamente, sus armas recorren en este sentido los tres teatros, prueba será de que los recursos económicos de los Imperios Centrales son todavía abundantes, por lo que los cuarteles generales pueden supeditar la conveniencia de tener abiertas las fronteras del S. a los principios exclusivamente militares. Aparte de esto, la campaña de Italia, por ventajosamente que se desenvuelva para esta nación, no influirá sensiblemente en las del E. y O.

Como resumen de lo que antecede, podemos sentar: 1.º que ninguno de los beligerantes ha alcanzado su objetivo, pero que Alemania es la que se encuentra más cerca del suyo; 2.º que ha sido destruida la capacidad ofensiva de los rusos y está muy quebrantada la de los franceses, ingleses y austriacos; 3.º que la única potencia que conserva incólume su potencia militar — a juzgar por los hechos y no por presunciones — es Alemania; 4.º que el poderío de Italia sigue siendo una incógnita.

IV. — La estrategia alemana y la estrategia rusa en Galizia

La situación militar que ofreció la Galizia desde las batallas de Gorlice y Tarnov hasta la reconquista de Przemyśl y la toma de Strij, ha sido la más interesante de la guerra y la que más palpablemente ha puesto de manifiesto la profunda diferencia que existe entre los métodos alemanes y los rusos, entre lo que podríamos llamar estrategia alemana y estrategia rusa.

A la ruptura del frente ruso en el Dunajec, responde el gran duque tomando la ofensiva en el Dniester y llegando hasta la línea del Pruth; los austro-alemanes retroceden en este sector, pero como el repliegue es general y no obedece a una



GALIZIA OCCIDENTAL

derrota táctica, la situación de conjunto no se modifica. Luego de haber cruzado los ejércitos de Mackensen el Visloka, las tropas rusas de la región de Zavichost pronuncian un ataque de flanco contra el ala izquierda alemana, que ha quedado al descubierto, y son rechazadas. Más tarde, cuando Przemysl es cercado por el N., O. y S., una nueva ofensiva rusa se ejerce también contra el ala izquierda y consigue un éxito táctico en Sieniava, pero no altera ni modifica en lo más mínimo las operaciones contra aquella fortaleza. Para acudir en apoyo de Przemysl, que ya se bambolea, una tercera presión tiene lugar, siempre en el mismo sentido, en la dirección de Jaroslav, tan ineficaz como las otras dos; la plaza por fin es tomada por asalto. En la derecha alemana, Strij es el punto capital; por su posesión se lucha desde mediados de abril, y desde mucho antes saben los rusos la extraordinaria importancia que para ellos tiene el evitar que el enemigo se acerque al alto Dniester por allí. Coincidiendo con las maniobras sobre Przemysl, fuertes masas alemanas, que se han concentrado en el mes de mayo al S. de Strij, despléganse y avanzan sobre este punto. Entonces el gran duque ordena un ataque contra Nadvorna, y fracciones más débiles intentan oponerse, contraatacando, a la marcha victoriosa de los austro-alemanes que progresan al N. E. de Sambor. Mientras esos esfuerzos fracasan, Strij cae en manos de los austro-alemanes y logran éstos el segundo objetivo principal de la campaña.

¿En qué ha consistido, pues, la estrategia rusa en Galizia? En la aplicación del funesto principio que viene presidiendo los métodos del gran duque desde el principio de la guerra y que hace tantos meses vengo señalando a mis lectores: la distribución, punto menos que uniforme, de las fuerzas en todo el frente, sin concentrarlas en ningún punto y olvidando cuáles son los objetivos principales y cuáles los secundarios. Este error, que parece extraño no haya sido remediado después de nueve meses de fracasos, ha vuelto a ejercer sus consecuencias en Galizia.

No era posible la invasión de Hungría en tanto los dos flancos del ejército de los Cárpatos no estuviesen completamente asegurados. No lo estaba, según los hechos han demostrado, el de Dunajec, y en el izquierdo, desde Colomea a Strij, tampoco había fuerzas bastantes, enviadas al N. de Bukovina, donde la victoria, si se obtenía, no podía tener ninguna consecuencia de orden militar, como no la tuvo la invasión de aquella provincia hace seis meses, por hallarse a su retaguardia el fuerte obstáculo natural de la Transilvania. En retirada hacia el San, dispuso el gran duque de tres semanas para ordenar su ejército en esta línea; Przemysl era el centro de gravedad, pero debía ser protegido por el N. y el S., y en ambas direcciones avanzó sin extraordinarias dificultades el ofensor. Las tropas que hacían falta en el alto San, las hemos visto luchar infructuosamente en Zavichost y Sieniava. Las que eran necesarias en Strij se agotaban estérilmente en Nadvorna; y las que avanzaron desde el Dniester hasta el Pruth, tenían que desarrollar rápidas y desordenadas marchas para no llegar oportunamente a ninguno de los puntos donde su presencia era necesaria. Plausibles y dignos de elogio fueron los ataques des-

de el N. contra la izquierda alemana, si las masas en ellos empeñados tuvieran la fuerza suficiente para amenazar y detener el avance del centro enemigo contra Przemysl; pero ejecutados por efectivos cortos y mal enlazados con el resto del ejército, no sólo no perturbaban el desarrollo de la maniobra austro-alemana, sino que restaron tropas a los sectores de decisiva importancia para los rusos.

Frente a esa dislocación del ejército moscovita, la campaña de Galizia se caracteriza, desde el punto de vista alemán, por la concentración de fuerzas contra los objetivos capitales, prescindiendo de todos los demás. Para romper el centro ruso eran indispensables Przemysl y Strij; si ambos puntos caían en manos de los germanos, nada importaba que los rusos obtuvieran éxitos parciales en lugares excéntricos, como a ningún éxito decisivo condujeran los triunfos de los austro-alemanes al S. del Dniester y en el bajo San, mientras el centro ruso se conservara intacto en sus fuertes posiciones, esmeradamente atrincheradas.

He dicho varias veces que el principio de concentración de tropas y esfuerzos en los puntos decisivos, ha sido aplicado en todos los tiempos y todas las épocas. Los grandes capitanes lo elevaron a un grado de sencillez que sólo es dado alcanzar al genio, obteniendo resultados grandiosos; pero en menor escala y en esfera más modesta, ha sido fuente perenne de inspiración de todos los caudillos victoriosos. Requiere, sin embargo, entre otras muchas, una cualidad que no todos los ejércitos poseen por igual: la capacidad de maniobra, que implica una multitud inmensa de detalles, desde la claridad y acierto de las órdenes—basadas en el conocimiento del terreno y del enemigo—, a la organización de los más ínfimos servicios de retaguardia, pasando por la preparación moral y material de las tropas. En este concepto, he dicho hace muchos meses, que la capacidad maniobrera del ejército ruso es muy inferior a la del alemán. Pero esto mismo que lo sabíamos todos antes de que estallara la guerra, obligaba al alto mando ruso a desplegar más previsión; tiempo más que sobrado ha tenido para saber cuáles eran los objetivos principales y cuáles los sectores peligrosos y los puntos débiles. Sin embargo, los acontecimientos le han sorprendido, desde Tannenberg a Strij, en situaciones falsas y con las fuerzas desparramadas, obligándole a movimientos de última hora que aumentaban el desorden y la confusión.

V.—La reconquista de Przemysl

Después de las derrotas de los rusos en Galizia y los Cárpatos, la reconquista de Przemysl no ha sido más que un incidente, de mayor significación moral que material. Los fuertes habían sido volados por los austriacos y destruida la artillería antes de que ocuparan la plaza los rusos, el 22 de marzo; aprovechando éstos los fosos y escombros de las obras de defensa, emprendieron trabajos de fortificación de campaña y provisional, y volvió a ser Przemysl un excelente punto defensivo, centro y eje de la línea del San, aunque distando mucho de tener el valor de la primitiva fortaleza austriaca. Pero, así como ésta resistió los ataques de los rusos, que no pudieron apoderarse de ningún fuerte, cinco de los improvi-

sados por los moscovitas fueron tomados por asalto por los austro-alemanes, quedando roto el perímetro fortificado y abierto el camino de la población. Amenazada, por otra parte, la única línea de retirada, hacia Grodek y Lemberg, y roto el frente en Strij, indefectiblemente la guarnición rusa hubiera sido hecha prisionera si extremara la resistencia, sin que este sacrificio contribuyera a mejorar la situación en el resto de la línea de batalla. Obraron, pues, bien los rusos evacuando la plaza en la noche del 2 al 3 de junio, y retirándose a toda prisa en dirección E. En los combates que precedieron y acompañaron a esta determinación, perdieron más de 33.000 prisioneros.

Moralmente, la reconquista de Przemysl ha sido un fuerte golpe para los rusos, y para los aliados en general, por culpa de ellos mismos principalmente. No sólo exageraron la importancia de la fortaleza, a raíz de su rendición, sino que desde la ruptura del frente del Dunajec anunciaron que se había preparado una inexpugnable línea de defensa en el San, con su centro a cubierto de todo ataque gracias a los elementos acumulados en Przemysl, y añadieron que lo interesante para ellos no era el Dunajec, ni el Visloka, sino Przemysl y el San. Estas afirmaciones estaban tan frescas en la memoria de todos y se las repitió tantas veces, que no ha habido medio de paliar el desastre, ni atenuar su trascendencia. Los despachos de Petrogrado del 3 de junio, publicados en la prensa inglesa del día 4, todavía insistían en que Przemysl no corría ningún peligro y sostenían que fracasarían los intentos de los austro-alemanes.

En el concepto militar, entraña mayor gravedad la derrota rusa en Strij que la pérdida de aquella plaza fuerte de Galizia.

VI.—Las operaciones en Galizia

En la noche del 2 al 3 de junio, los rusos evacuaron Przemysl y emprendieron una retirada hacia Grodek y Lemberg, único camino que aún quedaba libre. Inmediatamente, todas las tropas austro-alemanas que se encontraban al N. E. de la plaza fueron dirigidas hacia el S. E., convergiendo sobre el enemigo que huía, y las del S. E. variaron su marcha hacia el N. E. de suerte que a uno y otro lado del camino de Grodek se mueven los ejércitos vencedores tendiendo a juntarse para cortar las retaguardias rusas.

El núcleo de Sambor avanza sobre Lemberg, y los vencedores en Strij han llegado al Dniester, han forzado el paso de este río y continúan la persecución.

Este conjunto de maniobras, perfectamente enlazadas y concordantes, proseguidas con un vigor sorprendente después de seis semanas de continuos combates y marchas, compone la última fase de la campaña de Galizia. El centro ruso y el ala izquierda corren peligro de quedar separados entre sí, y aunque consigan escapar al otro lado de la frontera, ello no será, probablemente, sin que dejen en poder de los austro-alemanes un número enorme de prisioneros y una inmensa cantidad de municiones.

Entre tanto, los refuerzos rusos llamados desde mediados de mayo al bajo San, se agotan en inútiles ataques contra las débiles fuerzas que el general

Mackensen les opuso para guardar su flanco izquierdo; y pese a aquella ofensiva parcial y estéril, el gran movimiento contra el centro ruso se prosigue con tenacidad ejemplar. No se va en busca de la reconquista de terrenos, ni de obtener victorias locales, sino de la destrucción de los restos del ejército ruso de Galizia.

Todas las probabilidades están a favor de los austro-alemanes, acostumbrados a ver huir a los rusos y en posesión de una superioridad moral incontrastable, de suerte que si la campaña concluye, en un plazo corto, dos o tres semanas, como ha empezado, Rusia habrá recibido el golpe mortal y estará, prácticamente, fuera de combate. Resista o no, habrá sonado la hora de su vencimiento.

Por el número de ejércitos (cinco) que toman parte en las operaciones, por las dificultades del terreno en la fase inicial de la campaña, por el amplísimo frente (300 kilómetros) del primer despliegue, así como por lo fuerte de las posiciones enemigas y el número y calidad de las tropas rusas, las operaciones en Galizia han sido las de mérito más sobresaliente y las de mayor amplitud estratégica.

Sálvense o no los restos del ejército moscovita, el resultado principal está obtenido ya. Cuando en Curlandia la situación se presenta cada día más favorable a los alemanes, vuelve a ser atacada la fortaleza de Osowiec y las líneas del Niemen y el Narev están amenazadas; cuando menudean de nuevo los ataques contra las posiciones que protegen por el O. a Varsovia y desde el Pilica se acercan los austro-alemanes al medio Vístula; es decir, cuando los puntos más vitales del frente ruso peligran y están necesitados de socorro urgente, los mejores ejércitos del czar son deshechos en Galizia y empujados hacia el S. E., alejándolos de los puntos donde su presencia hace tanta falta. Antes de que Rusia pueda reorganizar estas tropas, antes de que pueda trasladarlas por las vías férreas del interior de Polonia, Lithuania y Curlandia, fuerzas austro-alemanas de los Cárpatos, a favor de una red de comunicaciones mejor y más corta, se presentarán en Polonia o en Prusia Oriental, y la campaña terminará en el N. como concluirá en el S.

Sin embargo, mientras los alemanes estén en aptitud de continuar la guerra en el Vístula y el Niemen como hasta aquí, no serán llamados a los teatros del Norte los ejércitos de Galizia. Más probable es que, así que termine la persecución, efectúen un amplio cambio de frente y conversen hacia el medio Vístula, cogiéndolo de revés. Esta maniobra, si tuviera éxito, pondría fin a la guerra; pero como hace tiempo que se dibuja su posibilidad, indicada en crónicas anteriores, es de suponer que si Rusia aún tiene fuerzas de reserva, las estará concentrando en el sector Ivangorod — confluencia del San.

Faltan las últimas consecuencias materiales de las victorias en Galizia, que aumentarán o disminuirán las consecuencias del triunfo; mas el objetivo militar está logrado: los austro-alemanes no tienen ya que temer nada serio de la acción de Rusia. Si ésta persiste en la guerra, una tras otra irán cayendo sus plazas fuertes, y lo que era hasta aquí una línea defensiva contra Alemania, se trocará en una barrera infranqueable contra Rusia; y el

grueso de los ejércitos austro-alemanes se trasladará a otros teatros.

VII.—La situación el 9 de junio

Desde que los franceses tomaron la ofensiva en el sector N. O. de Arras, la lucha allí no se ha interrumpido un momento. Los combates van languideciendo y todo indica que nos acercamos a su terminación; cuando hayan cesado, me ocuparé en ellos. Por ahora, lo único interesante es hacer constar que no ha sido roto el frente alemán.

Rechazados, desde Festubert al N., algunos débiles ataques de los ingleses, no ha ocurrido otra novedad en Flandes.

En la línea que va de Noyon al Mosa también se ha combatido, sin ventaja para ninguno de los dos adversarios.

El reciente parte oficial inglés—muy extenso—sobre las operaciones realizadas en los Dardanelos en las jornadas del 2 al 6 del presente mes, da a comprender bien a las claras que el cuerpo expedicionario ha padecido un serio descalabro. Tomó parte en la batalla la artillería de los barcos, lo que demuestra, si hiciera falta, que los aliados están todavía en la región del litoral, lejos de Krithia, y que la situación se puso tan grave, como consecuencia de los contraataques de los turcos, que tué menester apelar al concurso de las escuadras para contener al enemigo. Mientras los barcos franceses e ingleses continúan en los Dardanelos, será imposible a los turcos arrojar a su enemigo al mar, porque no disponen de una artillería tan formidable como la de las escuadras; pero éstas no podran hacer más que lo hecho hasta aquí, dominar el punto de desembarco, y su acción seguirá siendo nula en cuanto las tropas expedicionarias se internen en la península. Va resultando desgraciada la expedición a los Dardanelos, que consume sin ventaja gran parte de las energías de las naciones aliadas. Los ingleses están pagando a buen precio la tranquilidad en las fronteras de Egipto, y Turquía ha tenido la fortuna de que sus enemigos lleven su acción a una zona céntrica y preparada hace meses, la más propia también para que los fracasos del agresor sean conocidos y extendidos por todo el mundo musulmán, gracias a las comunicaciones marítimas entre Grecia y el Asia Menor.

Los ingleses han obtenido un éxito en Mesopotamia, habiendo avanzado unos 60 kilómetros en el valle del Tigris.

En el Cáucaso, la guerra sigue estacionaria y localizada en la frontera. Desde Olty al Mar Negro, los turcos se encuentran en territorio enemigo, y al E.,

en dirección al lago de Van, los rusos han entrado unos pocos kilómetros en país enemigo.

Poco puede decirse de la campaña italo-austriaca. Después de diecisiete días de declarada la guerra, aún no se vislumbran grandes acontecimientos militares, y no ciertamente porque los austriacos cedan terreno y se replieguen, sino porque el avance de los italianos es muy lento. En el Trentino, se han movido algunos kilómetros siguiendo el Adige, sin haber llegado todavía a los fuertes austriacos; hay escaramuzas y reconocimientos, con duelos de artillería, en los pasos montañosos desde el Stelvio a los Alpes Cárnicos. Se observa una concentración de tropas en el valle del Isonzo, río que ha sido cruzado por los italianos en el N. y que, al parecer, va a ser salvado de un momento a otro por el S. Con todo, las operaciones en el Friul necesitan como preliminar que esté muy asegurado el flanco izquierdo italiano, frente a Tarvis. A la defensiva los austriacos, sus adversarios pierden un tiempo precioso y no obran con aquella energía que resplandeció en agosto de 1914 en los cuarteles generales alemán, francés, ruso y austriaco. Venecia y el litoral italiano han sido bombardeados por la vía aérea, lo mismo que Pola y algunos puntos de la costa austriaca. Cuando se inicie el período de operaciones serias, me ocuparé con más extensión en esta campaña y expondré las reflexiones sugeridas por tan largo período de tanteos y reconocimientos.

En el frente oriental, las operaciones continúan desarrollándose favorablemente a los imperios centrales.

En Curlandia, las tropas rusas de la región de Schavli han sido rechazadas hacia el N. E. En la orilla norte del Niemen, se repliegan los moscovitas en la dirección de Kovno. Los alemanes han pasado el Vindau y el Dubissa. La escuadra alemana ha efectuado un reconocimiento en el Báltico, llegando hasta la entrada del golfo de Finlandia. Así que termine la campaña en Galizia habrá que volver la atención sobre el N. O. de Rusia.

Prosigue el avance general de los alemanes en Galizia. Stanislau acaba de caer en sus manos. ¿Qué harán las numerosas tropas rusas tan estérilmente empeñadas hace dos meses en el Pruth y el Dniester? Nos acercamos rápidamente al fin de esta campaña; apenas termine, se planteará una nueva situación de la que se derivarán no pocas sorpresas, aunque espero que no para mis lectores.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

9 de junio 1915.